

EL PROBLEMA IDEOLÓGICO

Los hombres nuevos:
el presidente
Ludvik Svoboda
y el secretario
del comité central del
partido, Alexander
Dubcek.

A la derecha,
las fuerzas
de la milicia popular,
armadas con fusiles
soviéticos,
desfilando durante
las fiestas del
veinte aniversario.



EL actual idolo de la juventud checa es el profesor Ivan Svitak; el profesor Svitak es un hombre que tiene fe en el socialismo, pero no en el dogmatismo; el profesor Svitak exige a Carlos Marx de los errores de la política checa de los cuatro últimos lustros; el profesor Svitak habla en estos días a los obreros, aconsejándoles que secunden la postura de los intelectuales; para los universitarios checos, el señor Svitak representa la integridad frente a la corrupción y, en consecuencia, su ilusión sería verle un día encaramado a la presidencia de la República. Pues bien, el profesor Svitak se está cansando de decir: «Tened en cuenta que Carlos Marx deseaba ampliar los derechos cívicos del hombre, no liquidarlos».

—¿Y qué quiere decir con eso ese señor?

—Muy sencillo. El profesor Svitak, y prácticamente con él todos los profesores, intelectuales y estudiantes del país, arremeten contra la dictadura del partido, desenmascaran esa bella frase de la democracia popular que viene a encubrir un rígido y feroz absolutismo. La democracia para que sea válida tiene que ser hospiciaria, esto es, carecer de apellido. Cuando se pretende apellidar a la democracia con un adjetivo, bien sea «popular», bien sea «orgánica», le apuesto diez con-

Por
**MIGUEL
DELIBES**



tra uno a que la democracia ha dejado de serlo; ha dejado de ser democracia, para que me entienda. En palabras sencillas, el profesor Svitak intenta aclarar esto al pueblo checo. Se esfuerza por decirles que el partido y su dura disciplina y su fanática represión no son el pueblo. En mis días de Praga, los principales temas de conversación, los principales temas de los artículos periodísticos, giraban en torno a los dramáticos años pasados, las purgas, las penas de prisión y las torturas. Hasta tal punto es obsesivo el tema que, pese a no haberse tomado aún ninguna represalia —un intento de linchamiento por parte de un grupo de campesinos no pasó a mayores— ni haberse adoptado medidas legales para discernir responsabilidades, los árboles de Praga están dando esta primavera un extraño fruto: el de los aborrecidos. Gente que un día decretó las purgas, jueces que participaron en las comedias de la depuración, burocratas complicados, comunistas de la línea «dura», aparecen colgados de una rama por propia mano ante el temor a lo que puede venir. Aún son pocos los responsables que ante la progresión de la apertura se han eliminado, pero el hecho no deja de ser elocuente. Por mi parte, puedo asegurar una cosa: he conocido en Checoslovaquia a muchísimas personas con quienes me he entendido, en español o francés.

Pues bien, recuerdo pocas que, ya en su propia carne, ya en la de sus padres o hijos o hermanos, no hayan sufrido el suplicio de la represión. Pero lo más asombroso para mí era su serenidad. A ningún checo le he oído expresiones airadas o de revancha. Se limitan a narrar su odisea; de ordinario, no la comentan; el comentario lo dejan para su interlocutor. Así, el padre de un amigo mío que había permanecido diez años en la cárcel. No se sentía responsable de nada, ni siquiera de no decir «amén» a las consignas oficiales, puesto que no desempeñaba cargo público alguno. No obstante, un día es detenido. Vive en prisión el primer mes esperando que se aclare el error. Con él hay hasta dos docenas de personas igualmente desconcertadas. Al cabo de unas semanas se les pide que firmen un escrito reconociendo haber atentado contra el régimen. Naturalmente, lo niegan. Entonces comienzan las torturas. Ellos resisten tres semanas, al cabo de las cuales acaban por firmar el papel. «Lo peor de todo esto no era la detención arbitraria, ni las torturas, sino el juicio subsiguiente, donde todos éramos conscientes, empezando por el juez y el abogado defensor, de que nada de lo que decíamos era verdad, sino que estábamos representando una comedia en la que cada uno desempeñábamos lo mejor que podíamos

nuestro papel» —me decía este señor—. Particularmente, en los años cincuenta, estas detenciones en masa estuvieron a la orden del día. Para que se dé cuenta de lo que fueron, le aclararé que cuatro de los ministros actuales pasaron por este purgatorio. Naturalmente, el partido, que disponía de un poder omnimodo, tenía en sus manos otros muchos resortes no ya para meter en obediencia, sino para cortar en flor, es decir, antes de que se manifestara cualquier discrepancia. Usted ya conoce, porque me parece que le he hablado de ello, la degradación y destierro del actual presidente Svoboda. Pero tengo más datos. En mi reunión en Praga con algunos intelectuales de la Unión, me mostraron unos pliegos en los que pedían a los hombres nuevos la incorporación a la Universidad de los catedráticos, profesores y alumnos depurados en los últimos años. El papel recogía cerca de quinientas firmas, pero la cifra de depurados para los que se solicitaba justicia era bastante más abultada: diez mil. ¿Se da usted cuenta? A diez mil señores se les apartó de la enseñanza —la docencia o la disciplina— porque estorbaban o se temía que llegaran a estorbar. Otro tanto ocurrió, aunque sin tantas sutilezas, con los checos que pelearon en las Brigadas Internacionales en la guerra de España. Nadie sabe por qué,

pero todos me dicen lo mismo: «La mayor parte de ellos acabaron en prisión». El mismo camino, por considerarles «agentes del imperialismo», siguieron los soldados checos que lucharon contra los nazis en los frentes occidentales. Como verá, la represión no sólo fue dura, sino lo que es peor, arbitraria. Habrá que convenir en que el dogmatismo, como Saturno, se complace devorando a sus propios hijos.

dictadura y religión

—El comunismo es un régimen de terror, ya se sabe.
—Puntalicemos, el terror y la represión son frutos de las dictaduras personales o de partido. Si no hay una prensa libre y una opinión para que el miedo guarde la vida, adiólos la vida, amigo; no dura ni quince días. Supongo que conocerá esa frase tan exacta que dice: «El poder corrompe; el poder absoluto corrompe absolutamente». De ahí la necesidad de evitar los regímenes dictatoriales. El primer derecho humano, para mí, radica en no ser gobernado por el dogmatismo fanático, sea del color que sea. A los beneficiarios de un extremo les resulta sumamente útil cubrirse con los desafueros del otro extremo; es su argumento, lo he visto aplicado en los dos lados. Pero yo le digo a usted que, a mí, sustituir una mordaza blanca por



bañadores meyba para todos!

submarinistas, yachtsmen, esquiadores, pescadores e incluso "play-boys" de verano
¿olvidamos a alguien?



otro buen artículo de



MESTRE & BALLBÉ SA

EL PROBLEMA IDEOLOGICO

otra roja no me sirve de consuelo; para que lo sepa, no me molesta el color; me molesta la mordaza. Usted me entiende, ¿no? De ahí que yo no crea en la eficacia de la represión. Una caldera sin salida de vapor, tarde o temprano, termina por estallar. Es la física, amigo mío. A los problemas hay que hacerles cara, no acallarlos por la tremenda. La fuerza acaba por volverse contra la fuerza. Ya ve usted lo de Praga: el partido se hacía ilusiones, después de encarcelar hasta el gato, de que no había oposición a su dictadura implacable, y, ¿qué ha sucedido? Pues que en cuanto la oposición ha podido manifestarse ha resultado que el partido sólo tenía oposición. Tenga presente que Checoslovaquia no llegó al comunismo en el cuarenta y cinco, como compensación al esfuerzo de guerra ruso. Checoslovaquia defendió su democracia, de signo socialista muy acusado, durante tres años. Una crisis en el cuarenta y ocho y la debilidad del presidente Benes permitieron al comunismo dogmático hacerse con el poder. No hubo lucha, pero tampoco urnas. El comunismo llegó mediante una hábil jugada del partido aprovechando la senectud del viejo presidente. Pero Checoslovaquia ha sido un pueblo centroeuropeo, amante de la democracia y ni con el comunismo se acierta a vivir en dictadura. De ahí que el partido hubiera de extremar sus rigores. Ya no era sólo el «piensa como yo o no pienses»; era el «piensa como yo o púdrete». ¡Qué cosas cuentan los periódicos checos, oiga! Por ejemplo, las presiones religiosas...

—Eso es asunto viejo.
—No tan viejo, no crea. En este punto el partido trató de guardar las apariencias y hasta me parece que la supresión de los cultos nunca llegó a ser total. A cambio, las órdenes religiosas tuvieron que largarse, fueron prohibidas las asociaciones religiosas. Monseñor Berán —para no ser menos que sus feligreses— estuvo catorce años en la cárcel y al cabo fue liberado con prohibición de ejercer su ministerio. Los seminarios fueron cerrados. Una maestra de escuela me decía: «A mí no me quitaron la escuela; me dieron a elegir entre la escuela y la iglesia; Dios me perdonará, pero tuve que dejar la iglesia, porque lo primero de todo era comer». La discriminación, ¿me entiende? Es lo mismo que decirle a un maestro: «O va a la iglesia o deja la escuela». Todo este tipo de presiones son de una inhumanidad aterradora. Pero el caso es que Checoslovaquia era un país muy religioso. Yo vengo asombrado de la cantidad de imágenes de Cristos, Vírgenes y Santos que se levantan en los pueblos, en las ciudades, en las orillas de las carreteras. Naturalmente, San Juan Nepomuceno, muy venerado, se lleva la palma. Después, los templos. ¡Qué cantidad de iglesias hay en Checoslovaquia, señor mío! Huss y la Contrarreforma tuvieron en Praga su escenario, no lo olvide. Pues bien, esta fe ha decaído mucho tras veinte años de educación atea. Apenas se ven jóvenes en las ceremonias religiosas. Y una cosa que me sorprendió en Praga, un día de diario, con mayor motivo cuando el domingo, en la misa de ocho, de la catedral de St. Petrov, de Brno, apenas encontré un centenar de fieles: la pequeña y franciscana iglesia donde se rezaba una misa vespertina estaba atestada. Interrogué al amigo que me acompañaba: «No te choque —me dijo—. Nuestro cristianismo se ha hecho humilde y sencillo, como agradaba a Juan XXIII. No es la nuestra una religión de catedrales». El templo pobre, recogido, es el preferido por el católico checo. La actitud es un poco ingenua,

pero demuestra cuán alejados se encuentran de todo triunfalismo. En todo caso, el católico, aunque pobre, se muestra generoso en el templo; da billetes, no monedas. Claro que la pobreza evangélica de la iglesia checa trasciende en muchos detalles, digamos, para concretar, el frío terrible y la ausencia de adornos de precio.

«Pero empecé hablándole de la presión religiosa y me he desviado. No quisiera ser pesado y, para terminar con este punto, le daré un dato fidedigno, revelador de la situación de la Iglesia checa en estos años: Los cuatro obispos que todavía regían sus diócesis se veían sometidos a una vigilancia constante. Una especie de funcionarios actuaban cerca del obispo como «ojos y oídos del partido», es decir, como espías de sus movimientos, sus visitas, sus llamadas telefónicas, su correspondencia... Comprende, ¿no? De inmediato, en cuanto se producía algo que juzgaban anormal, iban a Praga con el cuento. Bueno, pues para que empiece a tener elementos de juicio, esos «ojos y oídos del partido» es de las primeras cosas que han barrido los nuevos hombres de Checoslovaquia.

símbolos y formulismos

—Una cosa que me intriga. Nominalmente al menos, los checos, ¿eran todos comunistas de carnet?

—Ni hablar del peluquín, hombre de Dios. En Checoslovaquia, como en Rusia, como en la Alemania nazi, como en todas las dictaduras, el partido es minoritario. Lo que sucede es que muchos, por su condición o por su cargo, debían ser miembros de él aunque no comulgasen con su ideología. Otros, lo eran de corazón. Pero, bueno, el caso es que la que sojuzgaba a la mayoría no era ni esa minoría, sino los dirigentes de esa minoría. Ella imponía los símbolos, las canciones, las consignas, los gestos, los «slogans», las actitudes; en dos palabras, el tatachín y las patrioterías, eso que al pueblo termina, indefectiblemente, indigestándose. Así la palabra «camarada» pronto cayó en desuso, me dicen. En rigor, ignoro cómo enfocará usted toda esta cuestión, pero pensando en cristiano, lo importante es sentir camarada al prójimo, no decirlo. A veces, la boca no habla de lo que rebosa el corazón, sino precisamente de lo que no siente. El formulismo expresivo de una ideología, esto es, la hipocresía, fue rechazado de plano por los jóvenes, principalmente por los estudiantes, y tenga usted en cuenta que en Checoslovaquia los universitarios no pertenecen a una determinada clase social. Pero lo curioso es que los más reacios a admitir el dogma y los símbolos eran los muchachos nacidos en el sistema o que vivieron su primera infancia cuando el sistema se instauró. La juventud se mostró antidogmática, por un lado, y absolutamente apática, por otro. Ahora es cuando ha reaccionado, pero no sólo en demócrata y humanista, sino también en europeo. En el hermoso Café Boheme, de Brno, me divertía ver a los muchachos y muchachas checos consumir sus ocios escuchando a los Beatles o «Marionetas en la cuerda». La mayor parte de estos chicos son idealistas y limpios, y lo que desean es pensar y decidir por su cuenta... Por eso fue otro error dejar como única organización juvenil la de los pioneros. Los chicos hacían «fu» como el gato. Los hombres nuevos de Praga han abierto en esto también la mano y los «boys-scouts», asociación juvenil de carácter mundial, prohibida en Checoslovaquia durante veinte años, ha vuelto por sus fueros y ha sido acogida con general entusiasmo.

ESTOS SON
LOS TRANSISTORES
RITMO Y TARANTELÁ
DE TELEFUNKEN



estas son algunas de
sus exclusivas ventajas:

Para que Vd. elija su programa preferido en cualquier parte, TELEFUNKEN ha creado dos radiorreceptores portátiles (tamaño pret a porter y alcance universal). En su casa o fuera de ella, descubra todas las posibilidades de la alta fidelidad (Donde Vd. se lleve su TELEFUNKEN disfrutará la calidad de sonido que Vd. exige)

¡Póngale a sus vacaciones TELEFUNKEN... y soll!

PODRIAMOS CONTINUAR CON
OTRAS VENTAJAS IMPORTANTES...

...pero vale más
"vivirlo"
un
momento!



PREFIERA TELEFUNKEN
TELEFUNKEN VALE PARA TODA LA VIDA

TELEFUNKEN





¡Claro! ¿Quién se resiste a la frescura, a la elegancia, al bienestar que proporciona una inglesa así? Por eso Javier se siente cautivado por English Lavender de Atkinsons, una colonia para hombres especiales (que entusiasma también a las mujeres)

La inglesa que cautivó a Javier



La Real Lavanda Inglesa ENGLISH LAVENDER DE **ATKINSONS**

EL PROBLEMA IDEOLÓGICO

la enseñanza, un modelo

—Un momento. Decía usted antes que los estudiantes checos no proceden de una clase determinada. ¿Puede decirme cómo está organizada allí la enseñanza?

—Como planteamiento, le diré que ésta es una de las grandes conquistas del socialismo que habrá de pasar a occidente, si es que occidente no quiere tragarse esto con el dogma y la dictadura encima. Pero, aguarde, trataré de explicarme un poco mejor. Fuera de la discriminación política, que como se sabe la ha habido y fuerte, en Checoslovaquia puede estudiar todo el mundo o, mejor dicho, debe estudiar todo el mundo. Las escuelas son las mismas para todos, y muchachas y muchachos deben asistir a ellas hasta los quince años. A partir de aquí, la enseñanza se ramifica: Educación Profesional (o laboral), Escuela Media y Liceo (Instituto). Desde estos centros puede accederse a Universidades, aunque lo normal es que las Escuelas Profesionales nutran de operarios especialistas a la industria, la Escuela Media, de oficinistas al Estado y el Liceo, de alumnos a la Universidad. Naturalmente, hay distintos niveles mentales y cada cual se detiene allí donde un tribunal le dice que no tiene capacidad para seguir (hay varias convocatorias, por supuesto). De este modo, cada cual se acomoda, teóricamente, al papel para el que está dotado. En este punto debo advertirle otra cosa. El socialismo checo ha promocionado a la mujer, o quizá sería más propio decir que la ha equiparado al hombre. Y no me diga que eso en todas partes, porque aquí, por ejemplo, está muy lejos de ser cierto. Yo estoy cansado de ver a muchachas con título solicitar un puesto que se las niega, «porque para este cargo se necesita la energía de un hombre». Estos escrúpulos o, más exactamente, esta nueva modalidad de discriminación no existe allí. Y no hablo de puestos para intelectuales. En Checoslovaquia, nos guste o no, barren las calles y conducen los tranvías las mujeres. En lo que respecta a la Universidad, hay dos títulos acaparados por muchachas: Medicina y Magisterio. Un elevadísimo porcentaje de médicos y maestros son mujeres. Tal vez la escasa dotación del médico incite a los hombres a abandonar esta carrera, aunque no lo creo probable, puesto que sus ingresos en otras profesiones son poco mayores. Tal cosa estaría justificada en España, donde se da la paradoja de que únicamente la Medicina está socializada, cuando hay otras muchas cosas que deberían estarlo. En nuestro país, amigo, el médico sufre los inconvenientes del socialismo, sin agarrar ninguna de sus ventajas; está a las duras, pero no a las maduras. Situación injusta, puesto que este médico a la hora de mandar a estudiar a sus hijos o de pagar el recibo de la luz ha de rascarse el bolsillo como cualquier hijo de vecino; es decir, el médico español es el paciente de una socialización demasiado tímida, que no le presenta oportunidades en otras vertientes para sentirse beneficiario; esto es, para resarcirse.

—Oiga, no me vaya ahora a soltar un mitín.

—Excúseme; las ideas salen a pares como las cerezas y unas cosas me llevan a otras. Le hablaba, me parece, de la equiparación hombre-mujer en Checoslovaquia y del equitativo sistema educacional (depuraciones al margen). En rigor, más que de la perfección del sistema educativo debería hablar de la justicia de sus bases de planteamiento, puesto que las cosas empiezan a fallar una vez que entra en juego el Estado-padre. Intento decirle que

en algunos momentos el alumno ha tenido que renunciar a su vocación por consejo del Estado-padre. En cierto modo, esto es comprensible, aunque no justo. El Estado conoce el número aproximado de ingenieros, químicos, abogados, arquitectos, veterinarios o biólogos que va a necesitar en un determinado período de tiempo, de forma que ante un desequilibrio excesivo, el Estado-padre tendrá que intervenir: «Hijo, ¿por qué en lugar de veterinario no te haces ingeniero de telecomunicación? Tus profesores me aseguran que tienes aptitudes». El muchacho podrá persistir en su vocación, pero nadie le garantizará entonces un empleo inmediato. Es la regla del «numerus clausus», con sus pobres ventajas —muchas, quizá, socialmente, pero ninguna para el muchacho que la padece— y sus graves inconvenientes.

dejar una muela en praga

—Entonces, eso de paternalista que me dicen a mí cuando doy espontáneamente media paga a mis obreros...

—Vamos despacio, si le parece. En las sociedades capitalistas el paternalismo trata con frecuencia de sustituir a la justicia. Uno queda bien con dos reales, y usted perdona, y por otro lado deja tranquilita a su conciencia. ¿Qué inversión va a resultar más rentable? Como verá, este paternalismo no es convincente ni conveniente, pero algo da y hay que admitirlo en tanto no se consiga en las sociedades que lo padecen, una estructuración económico-social más justa. El Estado-padre del dogmatismo comunista es inevitable, porque constituye el meollo del sistema. Allí, el Estado lo es todo y llega a todas partes. Ordena sembrar esto o aquello, determina sueldos, fija precios, aconseja a los muchachos la carrera que deben seguir y si usted es malo, o a él se lo parece, le da un pescocón o le castiga de cara a la pared. Es, pues, un Estado-padre que da y exige, pero al que no es aconsejable levantarle la voz. Para que se dé usted cuenta de esto, le voy a contar una anécdota personal. A mí me han sacado una muela en Praga; sí, señor, ha oído bien, una muela. Y créame que para un aprendiz de escritor dejar un hueso junto a los de Kafka no es precisamente un desdoro. Pues bien, no imagine que la operación se resolvió en tan pocos minutos como se lo cuento.

Yo llegué a Praga desde Brno con un dolor perseverante, aunque soportable. Supongo que usted conocerá el dolor de muelas. La cosa comienza por ser una molestia insidiosa y pertinaz; luego se inician los alfilerazos, se forma un núcleo cada vez más dilatado, un núcleo doloroso, quiero decir, y desde allí irradian unas flechas pugnaces que le agujonan a usted los dos maxilares, el oído y, finalmente, el cerebro. Es un dolor éste que inhabilita en seguida al más pintado. Bueno, pues imagine usted esto, la noche de mi llegada, en una ciudad desconocida. Por primera providencia yo intenté calmar aquel dolor con los analgésicos más acreditados, pero si algo hay contra lo que nada pueden los analgésicos es, sin lugar a dudas, el dolor de muelas. Y allí me tiene usted, en una habitación de hotel, sin conocer una sola palabra del idioma checo, con mi mujer a la expectativa, unas veces tumbado en la cama y las más dando paseos por la habitación como un león enjaulado. No trato de disculparme; a las tres de la madrugada claudiqué y le dije a mi mujer que si no me arrancaban aquella muela terminaría arrojándome por la ventana. Mi mujer entonces, con un valor a toda prue-

SOLO UN

desodorante íntimo femenino puede usarse en la higiene íntima femenina



El cuerpo femenino tiene una zona "tan íntima" y sensible que debe tratarse con sumo cuidado. Femfresh está especial y científicamente indicado para higienizarla y desodorarla.

Un desodorante que no fuese "especial" podría causar molestias e incluso trastornos.

La higiene íntima femenina. Para todos los días ("especialmente los críticos").

Suave, no pica.

CONCESSION OF GREEN, YOUNG & COMPANY LIMITED London, Paris, Nueva York



Si desea recibir una muestra gratuita, rellene y remita este cupón (adjuntando 2'— plus, en sellos de correos para gastos de envío) a:

LABORATORIOS DIFTERSA - Mallorca, 288 - Barcelona - 9

Sra. Srta. _____

Dirección _____

Población _____



bañadores meyba-terlenka para todos!

ESTRE & BALLIE SA



con buen arte de

pentágono

meyba® Terlenka®
fibra poliéster

EL PROBLEMA IDEOLÓGICO

ba, abandonó la habitación, se las arregló para pedir teléfono y guía —ignoro en qué idioma— y llamó a un amigo praguense que conocía el español. Si, si, naturalmente, ahora me avergüenzo de haber despertado a las tres de la madrugada a un amigo desconocido, pero un dolor de muelas es un dolor de muelas, y lo que me choca es que todavía el dolor de muelas no figure al menos como atenuante, debidamente especificado, en los códigos penales del mundo, ya que bajo la presión de un dolor de muelas uno puede cometer, con una responsabilidad muy discutible, cualquier desaguisado. Pero vayamos al asunto. Mi mujer y yo recogimos en taxi a nuestro amigo-intérprete, quien nos llevó a un puesto de socorro nocturno. Yo imaginaba que el puesto de socorro valdría lo mismo para sacar una muela que para coser una barriga, pero no dejó de sorprenderme que la rubia matrona que nos abrió la puerta, con una bata lamentablemente sucia, después de cambiar unas palabras incomprensibles con mi amigo y de detener en la puerta a mi mujer, me sentara en un sillón de dentista y agarrase el torno. Entonces la sujeté el brazo y le dije a mi amigo que lo que yo deseaba era que me arrancase el diente, no que me hurgase en él. Volvieron a cambiar unas frases herméticas y la doctora, de nuevo, a tomar el torno. Dócilmente abrí la boca y mientras ella barrenaba, indiferente, en mi muela martirizada, mi amigo intérprete me decía que la doctora no quería sacarla, puesto que a lo mejor podía salvarse. Cuando el torno cesó de perforar le insistí a mi amigo que salvar el diente me importaba un comino, y que lo que yo quería era librarme del dolor y tener la fiesta en paz. La doctora zanjó la cuestión diciendo que ella no estaba autorizada para extraer un diente con posibilidades de futuro; me colocó una hila en el agujero, taponó, me dio otras dos tabletas de otro analgésico, me aconsejó poner tres almohadas bajo mi cabeza y me despachó. Preñero ahorrarme detalles de lo que fue aquella noche. En mis anales biográficos la tengo anotada como «la noche triste de Praga», porque lo que aquella mujer consiguió con sus tabletas y su hila y su perforación y las tres almohadas fue que el dolor aumentase, al tiempo que progresaba, merced a los barbitúricos, mi atontamiento general. En esas circunstancias tomé la resolución de no ceder, de exigir la extracción del diente, aunque tuviera que enfrentarme con el Comité Central o pagar al precio que fuese una intervención privada. Si usted conoce el dolor de muelas comprenderá perfectamente mi actitud. Así, a las siete de la mañana llamábamos de nuevo a mi amigo intérprete, prácticamente mi único enlace con una ciudad extranjera y desconocida. Nos citamos para media hora más tarde en la Policlínica del distrito, después de pedir yo permiso al Ministerio de Cultura, ya que por mi condición de invitado de la Universidad dependía de él. En Checoslovaquia la gente madruga, quizá más que en el resto de Europa, ¿sabe? le agrada tener la tarde libre; le gusta leer, la televisión y la música; es un pueblo culto aquí. De modo que a las siete y media la Policlínica ya estaba en pleno funcionamiento. De entrada me pasaron a una consulta donde media docena de doctoras odontólogos, con los sillones en fila, como en una barbería, se entretenían cada una con su paciente. De un lado a otro bruñeaba un checo gigantesco, a quien las doctoras consultaban las novedades y él se desplazaba de un sillón a otro dando el consejo pertinente. Le encarecí a mi amigo que no se dejara doblegar y que le exigiera al jefe que me sacasen la muela. Por toda respuesta, el checo gi-

gantescos me señaló el sillón de una encantadora doctora, de ojos verdes, pelo negro y figurita muy frágil. Por medio de mi amigo volví a suplicar a la joven y frágil doctora que acabase de una vez con mi martirio, pero ella, sin hacer caso, quitó la cura, miró, remiró, metió un gancho en el agujero del diente y dijo que creía que la extracción no procedía. Aprovechando que no me entendían, yo juraba a media voz en castellano y le decía a mi amigo intérprete que quizá si yo fuese un tipo avecinado en Praga aguantaría, me dejaría matar el nervio y todo lo demás, con tal de salvar aquella pieza, pero que si yo había llegado después de tres mil kilómetros de viaje para pasar una semana en la ciudad, me parecía insensato desafiarse al dolor, y que apelaba a su patriotismo y al patriotismo de los doctores para que arrancaran el diente, puesto que el concepto de una ciudad, contemplada a través de un dolor de muelas, siempre, por bella que fuese, sería mediocre. Ignoro lo que tradujo mi intérprete, pero, de momento, lo único que conseguí fue que me enviaran a otra sala con más doctores y más doctoras, con más sillones, con más tornos y con más escupideras blancas con sumidero y surtidor. Nueva inspección, nueva deliberación y nueva negativa; al parecer, el diente podía salvarse y la extracción suponía ocasionarme un daño injustificado. Yo clamaba, exigía, pretendía hacerles ver que la muela era mía, y que siendo mayor de edad y teniendo capacidad legal, no me daba la real gana de seguir con ella, pero aquellos honrados funcionarios del Estado-padre querían evitarme la pérdida de un hueso, pérdida que mañana podría lamentar. Mis súplicas no contaban; para aquellos doctores únicamente valía el informe del diente. Salí de nuevo a la antesala y entonces rogué a mi amigo me llevara a una clínica particular. Me respondió que de eso nada, pero que debíamos esperar un nuevo dictamen. Retorné donde el checo gigantesco, quien realizó una exploración concienzuda alrededor de mi boca, amplió el hueco abierto la noche antes por la gorda y sucia matrona, y llegó a la conclusión de que la carie era más profunda de lo que parecía y que debíamos atenernos a lo que dijese la radiografía. Al parecer, allí valía que hablasen todos —diente, radiografía, etcétera— menos yo, dueño y víctima de aquel hueso. Una señorita retrató mi diente en dos posturas y nuevamente salió a los pasillos a esperar que la radiografía hablase. Con tanta inspección, tanto torno y tanto gancho, mis maxilares hervían. El núcleo doloroso se extendía ya a toda la mejilla derecha y las flechas pungentes irradiaban en todas direcciones, desbordaban los límites razonables de un dolor de muelas y punzaban la nuca y el entrecejo. Me pesaba encima la noche en vela y la dosis excesiva de analgésicos. Sólo me faltaba llorar, mientras le pedía a Dios que la radiografía dijera «sí». Fueron unos minutos de angustia y tenga en cuenta que llevábamos ya cerca de tres horas en aquella Policlínica. Finalmente, la radiografía dijo «sí» y la guapa señorita de los ojos verdes me sacó gentilmente de aquella pesadilla. ¿Qué le parece? Todo este tinglado por una simple muela. Ahora, en frío, comprendo un poco las razones de aquellos doctores, incluso ilustres odontólogos españoles me aseguran que esto es lo que procede hacer, pero, con todos los respetos para todos, yo estimo que las cosas se llevan en esto demasiado lejos. Si yo hubiera pedido que me quitaran un ojo o un riñón, admitiría toda clase de dilaciones, pero venir a plantear, en mi especialísima circunstancia personal, un caso de conciencia por una muela, se me antoja excesivo, la verdad. Es el viejo

véase...

en un gran espejo.
Instálelo en el cuarto de baño, en el tocador,
en el interior del armario, en el vestíbulo, etc....

Y en otros muchos sitios.

Siempre hay un lugar que espera un espejo.
En él Vd. desea verse tal como realmente es.

Sólo hay una marca de lunas
que pueda proporcionarle una
imagen nítida y perfecta.

Esta marca se llama
LUNA PULIDA CRISTAÑOLA

pero véase bien

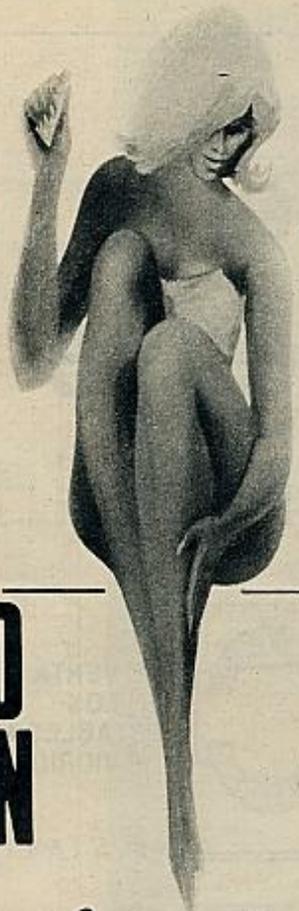
ESPEJOS DE LUNA PULIDA
CRISTAÑOLA
IMAGENES PERFECTAS



DE VENTA
EN LOS
ESTABLECIMIENTOS
DE VIDRIO PLANO

EXIJA LA ETIQUETA DE GARANTIA





**COLOR
VERANO
CON**

Analergic



**cremas y aceites
bronceadores**

Sun-tan cream/crème de bronzage

EL PROBLEMA IDEOLOGICO

problema moral ante un parto complicado de qué debe salvarse, el niño o la madre. En mi caso, el problema moral se centraba en la elección entre la muela o el paciente. ¿Qué le parece a usted que debe ser primero? Porque yo, sinceramente, no vacilaría en la elección. Me hago cargo de que aquellos doctores y doctoras son responsables y acatan unas normas deontológicas y es lógico que procuren salvar un órgano por todos los medios antes de extirparlo. Pero, oiga, una muela no es un «órgano» tan vital como para darle tanta importancia, me parece a mí. En fin, considero plausible que el médico le indique a uno lo que una muela representa y lo que puede representar en el futuro, incluso que le aconseje aguantar un poco, etcétera, pero en última instancia quien debe decidir el pleito es el paciente. Hágase cargo: al no haber consultas privadas, mi indefensión era tremenda, abrumadora, total, de tal manera que si la radiografía dice «no», no me hubiera quedado otro remedio que agarrar el coche y arreando a Viena. El paternalismo, como ve, ofrece un repertorio de manifestaciones a cual más curiosa.

—También es mala suerte irle a doler una muela en Praga.

—Hombre, para estas cosas uno no elige sitio.

el socialismo edificado

—En realidad debe usted perdonar mi desahogo. Yo le estaba hablando del Estado-padre y del fracaso del dogmatismo en su afán de organizar, disciplinar, influir y someter. Estas cosas son hoy difíciles en pueblos desarrollados, tanto si lo intenta la extrema derecha como si lo intenta la extrema izquierda. El autoritarismo vence en ocasiones, pero nunca convence: simplemente se impone. Pero de esto a que los pueblos acepten símbolos y actitudes y a conseguir de ellos que lleguen a identificar el sistema con la patria, media mucha distancia. Así, los jóvenes se mostraron impermeables y los obreros, tras sus entusiasmos iniciales por colaborar en la edificación del socialismo —a lo que, naturalmente, no se les dio lugar—, terminaron

por someterse a la dirección única, implacable, desde arriba. Es decir, el socialismo se lo dieron edificado y si no les gustaba, tanto peor para ellos. De aquí, me dicen varias personas con quienes he hablado del tema, procede su desinterés y su tendencia progresiva al aburguesamiento, tendencia cada vez más acusada. Mejor que al aburguesamiento sería decir a la mentalidad burguesa, esto es, hacia una mentalidad preocupada únicamente de comodidades nimias, de aspiraciones bajas de techo y de distracciones frívolas. Las cuestiones nobles que se las planteen otros. En suma, la sociedad checa, por una razón o por otra, no ofreció porosidad para que la ideología dogmática la empapara, fenómeno perfectamente explicable supuesto que el aparato y el montaje ideológicos de las dictaduras resultan ya demasiado pueriles y empalagosos para el nivel mental del europeo de nuestro tiempo. Los europeos de 1968, créame, somos ya lo suficientemente mayorcitos para que nos vengán con tonterías, y así resulta que los protagonistas de estas comedias, o quizá sería más exacto decir de estas tragedias, a la corta o a la larga, se quedan solos en escena; la comparsa se aburre y concluye por largarse. Y por lo que atañe en concreto a Checoslovaquia puedo darle un detalle expresivo: el único museo, y hay muchos en la ciudad, que encontré vacío en Praga y donde no entré un alma durante los tres cuartos de hora que permanecí en él, fue el Museo de la Revolución. La gente podrá estar a gusto o incómoda en el seno de la misma, pero ni en un caso ni en otro se interesa por el «fusil» que manejó Fulano o por el casco que cubrió la cabeza de Zutano en «la lucha contra la opresión». Por otro lado, no deja de ser significativo que todo el aparato montado por el partido durante los veinte años se viniera abajo, literalmente se derrumbase, una vez enfrentados dogmáticos y progresistas, sin más que dejar hablar a la opinión; la voz de la opinión bastó para paralizar a los viejos políticos desacreditados. El pueblo había dejado por completo de creer en ellos. ■ MIGUEL DELIBES. Fotos: FIEL, MONDIAL, CÁMERA PRESS-ZARDOYA.

Walter Ulbricht y Alexander Dubcek. El dirigente de la República Democrática Alemana visitó Praga poco después de la sustitución de Novotny.



PROXIMO NUMERO:

LA EVOLUCION DE LA REVOLUCION